

!!... Aquel imposible coloso...!! ("La Publicidad" Barcelona, 3 agosto 1916).



Pocas lecturas más provechosas hay en España que la de aquellos "Estudios del reinado de Felipe IV" que por primera vez publicó don Antonio Cánovas del Castillo—aunque bajo el título de "Bosquejo histórico de la Casa de Austria"—hacia la revolución de septiembre de 1868 y reeditó veinte años más tarde, en 1888. No que su lectura sea muy amena ni aun fácil. Hácela fatigosa a ratos, sobre todo al tratar de la batalla de Rocroy, el empeño que pone su autor en mostrarse enterado de las cosas de la milicia. Porque siendo todas las erudiciones molestas y hastiosas con muy poco o ningún provecho ninguna lo es más acaso que la erudición militar o de cosas de milicia, que no es precisamente lo mismo que cosas de guerra. Nada hay tan vano como la descripción que se pretende científica de una batalla.

En este libro dice una vez el señor Cánovas del Castillo:

"No sólo, no, en los días de Felipe IV, sino desde los de su abuelo, así en Consejo de Estado de Madrid, como los locales de Bruselas y Milán, o los consejos de guerra en campaña, solían tener en cuenta igualmente, para excusar batallas, que la pérdida de una sola podía quizá traer la ruina de la Monarquía; es decir, los de aquel imposible coloso de que era cabeza España, teniendo un pie en Italia y otro en Flandes, dominando en el Mediterráneo, influyendo decisivamente en Alemania, e interviniendo más o menos por todas partes."

¿Pero es que realmente fué entonces España—la unión de Castilla y León con Aragón y Navarra y las tierras reconquistadas de los moros—la cabeza de aquel imposible coloso de los Habsburgos entronizados en este suelo? ¿No fué más bien su pie? Y con pie de barro sobre el que pesaba toda la fábrica de aquel imposible coloso. Para el cual no fué España patria, sino patrimonio.

Y como España no fué patria sino patrimonio de aquellos Habsburgos que nos vinieron por el casamiento de Felipe el Hermoso, el hijo de Maximiliano de Austria, con Juana la Loca, la hija de los Reyes Católicos, por eso en España no hubo patriotismo, sino a lo sumo patrimonialismo o lealtad monárquica. Aquel matrimonio fué el triunfo que coronó la política de Fernando, pero a la vez la ruina de España, como dijo muy

bien el historiador Mr. Martín A. S. Hume.

Porque no había ni podía haber patriotismo en el imperio de los Austrias de España, en aquel imposible coloso, perdió Portugal el patriotismo de aquellos Austrias. Y esto lo confiesa paladinamente el señor Cánovas del Castillo.

"Muy superficial, con todo, sería creer—escribe—que tamaña impotencia como en aquella lucha con Portugal mostramos, no tuviese, aparte de las técnicas causas militares, alguna más profunda, que arrancase de las propias entrañas de la patria española. La tal causa era, como ya se indicó antes, la falta de espíritu patriótico, y, en general, de espíritu público, como ahora decimos, cosa que, con diversos modos de explicarla, ha hecho falta en todo tiempo."

En otros pasajes de sus "Estudios" nos dice Cánovas que en Portugal y en Cataluña había lo que en España, como unidad imperial o sea patrimonial, faltaba, es a saber: patriotismo. Había ya, bien que alborcante, una patria portuguesa y una patria catalana, acaso la hubiese castellana o aragonesa, pero española no la había. El patrimonio impedía el nacer de la patria.

"Pero sin ponerse a contemplar con atención estas cosas—decía Cánovas—hay españoles que hablan ahora de la Patria, cual si se hubiese espontáneamente constituido o fuera un puro fenómeno natural..."

Y el mismo Cánovas que escribió esto y que sabía que la patria no es un fenómeno natural, sino histórico, vino como gobernante, no ya como historiador, a continuar en 1876 el régimen patrimonial, que no patriótico, a hacer de nuevo que el peso del patrimonio esta vez borbónico, impidiese el desarrollo de la patria española. Y no que la monarquía fuese un obstáculo a la plena constitución de la patria española; no, el obstáculo no era la monarquía precisamente. Con una monarquía pa-

triótica como la de los Saboyas en Italia, en la Italia una y unificada de Mazzini, de Cavour y de Garibaldi, la unidad y la independencia españolas habrían sido posibles, pero no lo fueron en la monarquía patrimonial, por la gracia de Dios, de nuestros Borbones como de seguro no lo habrían sido en Italia bajo los Borbones del reino de Nápoles a los que hubo que barrer para unificar la patria italiana. Porque la concepción monárquica de los Borbones de Nápoles, como la de sus primos los de España, era una concepción patrimonial y no patriótica. El rey Bomba allá se iba con nuestro Fernando VII, otro Borbón. Hablando de Fernando IV, de Borbón, rey de Nápoles y Sicilia, escribió Vincenzo Cuoco, el gran patriota napolitano, que "los reyes son animales antropófagos y que su historia es el martirologio de las naciones". El mismo Cuoco que dijo que "el Gobierno de España, en los tiempos de la dinastía austriaca, había procurado destruir lo que no podía conservar" ("Saggio storico sulla rivoluzione napoletana del 1799").

Por empeño en mantener sobre el patrimonio castellano-aragonés aquel imposible coloso que era el imperio de los Habsburgos de España, de los descendientes del Hermoso y de la Loca, se impidió el desarrollo del patriotismo español.

Sólo nos resta por ahora añadir a esto que el mismo Cánovas del Castillo dice, en estos mismos precitados "Estudios" que los ministros parlamentarios, a causa de entrar casi todos a ser hombres de Estado—¿de Estado? ¿será de Gabinete!—"tan de improviso" "padecen" de optimismo. "¡Padecen!" Es decir que el optimismo, por lo menos en España, es, según Cánovas del Castillo una enfermedad. Y lo es seguramente donde no cabe decir que en rigor haya todavía patria, ni patriotismo. Para que le haya es preciso acabar con el patrimonialismo—que se enmascara de lealtad—con más o menos pujos imperialistas.

MIGUEL DE UNAMUNO

(Prohibida la reproducción sin citar la procedencia.)

